

UN DIÁLOGO ENTRE SÓCRATES Y TEODORO

SÓCRATES.— Por consiguiente, si todos discuten aquel principio, el *Acerca de la verdad* de Protágoras no será verdadero para nadie, ni para cualquier otro, ni para él mismo.

TEODORO.— Nos estamos precipitando, Sócrates, en la senda que se vuelve demasiado contra mi amigo.

SÓCRATES.— Pero, querido Teodoro, nada nos dice que nos hayamos desviado del buen camino. Protágoras, al ser más viejo, conoce más que nosotros y si de repente se apareciera, alzándose de la tierra, con toda seguridad nos reprocharía que yo haya dicho tantas insensateces y que tú te hayas mostrado de acuerdo, y luego volvería a enterrarse, ocultándose a toda prisa. Pero creo que es necesario que nosotros nos comportemos tal como somos y que digamos siempre lo que realmente creemos. Puestas así las cosas, ¿podemos ahora decir otra cosa sino que todos estarán de acuerdo en que unos son más expertos y más ignorantes que otros?

TEODORO.— Al menos, eso es lo que me parece.

SÓCRATES.— Diríamos también entonces que la doctrina se sostiene mejor tal como la hemos expuesto, en apoyo de Protágoras, es decir, que la mayor parte de las cosas son realmente para cada uno tal como a él le parecen, ya sea en lo

concerniente a lo cálido, a lo seco, lo dulce o en todas las cosas de este tipo. Pero también se ha de acordar que en algunas cosas unos difieren de otros y, así, en lo relativo a la salud y a la enfermedad, habremos de estar dispuestos a decir que no cualquier mujer, niño o bestia posee el conocimiento que le haga capaz de curarse a sí mismo, sino que aquí unos, ciertamente, difieren de otros en posesión de conocimiento. ¿No es así?

TEODORO.— Al menos, así me lo parece.

SÓCRATES.— Pues bien, también en lo concerniente a los asuntos de la ciudad, lo honesto y lo deshonesto, lo justo y lo injusto, lo piadoso y lo impío, y cuantas cosas cada ciudad crea y establezca como legal para ella, tal es en verdad para cada una y en estos asuntos no hay superioridad en conocimiento ni de un individuo con relación a otro, ni de una ciudad con relación a otra. Ahora bien, en la determinación de lo que es o no conveniente a una ciudad, aquí Protágoras habría de entrar en acuerdo en que hay consejos y creencias de una ciudad que, en lo concerniente a la verdad, difieren de otros consejos y de otras creencias y Protágoras no se atrevería en modo alguno a decir que lo que una ciudad establezca y crea conveniente para ella, lo es realmente de modo definitivo. En el ámbito de cosas tales como lo justo y lo injusto, lo piadoso y lo impío, a las que me vengo refiriendo, los seguidores de Protágoras están dispuestos a defender que ninguna cosa de este tipo tiene por naturaleza

una esencia propia, sino que las creencias de una comunidad llegan a ser verdaderas en el momento en que esa comunidad tenga unas creencias tales y durante el tiempo que así se lo parece. Incluso los que no sostienen en su totalidad la doctrina de Protágoras llevan por este camino lo que ellos conocen. En cuanto a nosotros, Teodoro, un razonamiento reclama a otro y un razonamiento de menos alcance nos exige otro de mayor alcance.

TEODORO.— ¿Es que no tenemos tiempo libre, Sócrates?

SÓCRATES.— Parece que sí. Pero muchas veces, querido amigo, y en circunstancias distintas se ma ha ocurrido la misma reflexión que se impone ahora, la de que los que han gastado mucho tiempo en cuestiones filosóficas, luego, cuando acuden a los tribunales, aparecen como oradores ridículos.

TEODORO.— ¿Por qué lo dices?

SÓCRATES.— Porque los que desde jóvenes han estado frecuentando los tribunales y lugares semejantes están expuestos a que, en comparación con los que han sido educados como hombres libres en la filosofía y en sus tareas, parezca que han sido educados como esclavos.

TEODORO.— ¿En qué sentido?

SÓCRATES.— En el de que aquéllos disponen de lo que tú decías, de tiempo libre, y disfrutando de este tiempo, exponen sus razonamientos con toda

paz. Así como nosotros hemos ido pasando de razonamiento en razonamiento hasta llegar al tercero, también lo hacen ellos, si el razonamiento que sigue les gusta más, como a nosotros, que el que tienen delante, sin que les importe hacer razonamientos largos o breves, sino tan sólo llegar a lo que realmente es. Pero los otros hablan siempre con prisas, acuciados por el agua que va cayendo, y no tienen libertad para discursar acerca de lo que a ellos les gustaría porque la parte contraria está presente y les obliga a atenerse a un resumen de la acusación escrita, más allá de cuyos límites ya no puede hablarse, a lo que están obligados por lo que llaman el juramento recíproco. Los discursos están siempre dirigidos a otro tan esclavo como ellos y ellos litigan ante un amo común, sentado en la presidencia y teniendo en su mano la demanda de que se trata. Y los contendientes no abordan este u otro asunto sin más, sino que lo hacen muchas veces como si les fuese en ello la vida. De este modo, a consecuencia de todo ello se hacen violentos, sagaces y expertos en adular al amo con palabras y en seducirlo con obras, pero de almas mezquinas y torcidas. Desde jóvenes, en efecto, la esclavitud les ha arrebatado la grandeza, la rectitud y la libertad, forzándoles a hacer cosas torcidas y exponiendo a sus almas, todavía tiernas, a tan grandes riesgos y temores que, no pudiendo superarlos apoyándose en lo justo y en lo verdadero, se encaminan directamente a la mentira y a las mutuas injusticias y tantas veces

se encorvan y se tuercen que, cuando pasan de muchachos a hombres maduros, no tienen ya un pensamiento sano, aun cuando ellos crean que se han convertido en hombres hábiles y expertos en conocimiento. Así son éstos, Teodoro. Y ahora, ¿quieres que pasemos a describir a los de nuestro coro o que dejemos y volvamos de nuevo a nuestro razonamiento para que no nos pase lo que decíamos hace un momento y evitemos abusar de la libertad y de la agilidad de nuestros discursos?

TEODORO.— En modo alguno, Sócrates; pasemos a describirlos. Ciertamente, has hecho notar atinadamente que nosotros, los que pertenecemos a este coro, no somos esclavos de nuestros discursos, sino que los discursos son como nuestros criados y que cada uno de ellos esperará para acabar cuando a nosotros nos parezca. No tenemos delante, en efecto, ni un juez ni un espectador, como acontece en los recitales poéticos, que nos pueda hacer reproches ni ordenarnos lo que hemos de hacer.

Platón, *Teeteto* (Serafín Vegas González, ed.), Madrid, Biblioteca Nueva, 2014, págs. 190-195.